

# FOREST INFORMA A ALFONSO DANO SOBRE SU MISIÓN EN QUERÉTARO

*Lilia DÍAZ LÓPEZ*  
*El Colegio de México*

CUANDO EN LA CAPITAL se confirmó la noticia de la rendición de Querétaro y de que Maximiliano y sus generales Miramón y Mejía habían caído prisioneros, el ministro de Francia en México, Alfonso Dano, pensó en acudir al lado del monarca. Pero, por una parte, sus proposiciones para acompañar al barón Antón de Magnus, ministro de Prusia, fueron rechazadas; los abogados Rafael Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, llamados por Maximiliano para que defendieran su causa, consideraron que en vez de ser útil, la presencia del ministro francés podría ser perjudicial, causando una sobreexcitación de pasiones que perjudicaría la defensa y aumentaría la severidad del consejo de guerra. Por otra parte, algunos liberales no sólo no lo animaron a ir a Querétaro, sino que le aconsejaron que partiera para Veracruz a fin de no exponer a la legación de Francia a una manifestación hostil que sería difícil impedir en los primeros momentos de efervescencia que seguirían a la entrada de las tropas republicanas en la capital.

Dano encontró el medio de enviar a Querétaro a Antonio Forest, antiguo cónsul de Francia en Mazatlán, a quien autorizó para tratar en su nombre todo lo referente a la entrega de los prisioneros franceses, así como a hacer las gestiones más activas en favor del emperador Maximiliano. Le recomendó salvaguardar los intereses de los franceses, sin olvidar el interés que estaba encima de los otros, la vida del príncipe cautivo.

Forest iba provisto de todos los poderes de Dano y autorizado a girar sobre él una suma ilimitada. El ministro le entregó igualmente una carta de recomendación dirigida a Pedro de Garay

y Garay en la cual le pedía recibiera a Forest amistosamente, hiciera por él cuanto pudiera y lo dirigiera en la misión que le confiaba. Le recordaba cuánto había hecho por evitar las complicaciones en que se encontraban, aunque sus consejos no habían sido escuchados.

Forest envió a Dano el 30 de junio de 1867, un informe detallado sobre la misión que desempeñó en Querétaro, y que, por considerarlo de sumo interés, destacamos de los despachos que forman el libro *Versión francesa de México. Informes diplomáticos 1864-1867*, vol. iv.\*

En su informe, Forest relata las impresiones que le produjeron los sucesos vividos desde que partió para Querétaro el 1º de junio, hasta su retorno a Tacubaya el 16 del mismo mes, precipitado por la orden de expulsión que recibió en aquella ciudad el día 14.

Forest salió de México en compañía del barón de Lago, encargado de negocios de Austria. Al llegar a las trincheras de la calzada del Emperador, el carruaje de Lago fue detenido por los soldados de guardia. El barón se dirigió al general Vega, comandante del lugar, a fin de obtener su autorización para cruzarlas. Como el general no permitió la salida del vehículo, Forest pidió a los defensores del emperador un asiento en su coche, que inmediatamente le concedieron. A los defensores mismos se les pusieron dificultades para salir aun cuando poseían un salvoconducto en regla. Después de una violenta discusión entre Riva Palacio y el general Vega, éste decidió enviar a un parlamentario al campo republicano, el que a su regreso dio la seguridad de que todos los que quisieran salir podrían hacerlo; pero desnaturalizando la respuesta, se dijo que sólo los dos coches de los defensores estaban autorizados a partir. Hooricks, ministro de Bélgica, que viajaba en el mismo coche que Forest, se vio obligado a bajarse de él porque se le aseguró que su arribo no autorizado a Tacubaya disgustaría al general Porfirio Díaz y comprometería la misión de los abogados del emperador.

---

\* *Versión francesa de México. Informes diplomáticos*, 1864-1867, vol. iv. Traducción y prólogo de Lilia Díaz. México, El Colegio de México, 1967.

Por fin se dio la orden de partir; al llegar a las fortificaciones republicanas, todo estaba preparado para que las atravesaran. Un edecán del general Díaz, enviando al encuentro de Magnus y los abogados, los condujo al cuartel general. Forest creyó prudente no entrar en ese momento y recomendó a Riva Palacio informar a Díaz de su arribo en calidad de agente especial y su deseo de hablar con él. Cuando salieron estos señores del cuartel general, Forest fue recibido por el general, a quien entregó una carta de Dano. Díaz, al terminar de leerla, le expresó que no veía ninguna dificultad en permitirle ir a Querétaro como simple particular puesto que comprendía el interés de Dano en Maximiliano y en sus compatriotas prisioneros. Forest le mostró los poderes que le dio el ministro para tratar oficiosamente respecto a la entrega de los prisioneros de guerra y Díaz le hizo ver que correspondía al Supremo Gobierno decidir sobre la suerte de los mismos. Le comunicó igualmente el deseo de Dano de ir a residir a Tacubaya si se veía obligado a ello. Díaz le dijo que sería bienvenido y encontraría seguridad y protección. Al tratar sobre los acontecimientos de Querétaro, Díaz dejó entrever que se inclinaba hacia la moderación, lo que animó a Forest a decirle que anhelaba que México no viera ya a un enemigo en el emperador caído y sobre todo vendido por un traidor. Al despedirse, Forest pidió autorización al general de despachar un pliego que Dano enviaba a Francia y en el cual informaba sobre lo ocurrido en Querétaro. Díaz asintió en ello y le aconsejó que lo confiara a la señora Baz, quien sabría encaminarlo.

Forest visitó a la señora Baz; ella prometió hacer todo cuanto pudiera para salvar la vida del emperador, aunque no ocultó que tenía pocas esperanzas. En la sala de su casa había de visita oficiales de alto grado y Forest se dio cuenta, por las conversaciones que escuchó, que el ejército tenía sed de sangre de los vencidos, y sobre todo del "austriaco", como llamaban al emperador. En las conversaciones que tuvo en Tacubaya con personas amigas, indiferentes u hostiles a la causa imperial, Forest confirmaba la convicción de lo que iba a suceder. Por su parte, Magnus y los abogados tuvieron la misma impresión.

Ese mismo día, Forest visitó a Hubé, antiguo cónsul juarista en Hamburgo y amigo del presidente. Deseaba ponerse en contacto por medio de él, con los hombres influyentes, de quienes podría necesitar en Querétaro. Hubé y su esposa no le ocultaron que, en opinión del partido republicano, la muerte de Maximiliano era una necesidad política.

Hooricks logró llegar a Tacubaya y se unió a Forest. Al día siguiente partieron hacia Querétaro con una escolta de caballería ofrecida por Porfirio Díaz. En Cuautitlán, Riva Palacio recibió un telegrama en el cual le informaban que los temores que tenía de llegar demasiado tarde eran infundados; el Gobierno había decidido que el proceso del emperador se aplazara hasta la llegada de los defensores.

El segundo día de viaje, no lejos de Arroyo Zarco, encontraron una diligencia extraordinaria que venía de Querétaro. Entre los viajeros estaban un alemán, Guillermo Daus, y un español, el señor Dargenta, portadores de tres cartas abiertas de Maximiliano. El señor Daus entregó a Magnus una carta en la que el emperador le pedía que apresurara el viaje. Dargenta llevaba una carta para Otterbourg, cónsul de Estados Unidos en México, y otra para el coronel austriaco Khaven Müller. En estas dos cartas se disipaban todas las dudas sobre los acontecimientos de Querétaro. Magnus envió a Otterbourg, como una prueba más, la carta de Maximiliano, y le rogó tuviera a Dano al corriente de lo que le comunicara. Forest pidió a Dargenta que viera al ministro francés y le informara de todo lo ocurrido en Querétaro.

Cada vez que se detenían en el camino, Forest aprovechaba para hablar con los abogados sobre los medios de defensa; acordaron que todas las recriminaciones no absolutamente útiles a la defensa, deberían ser y serían descartadas. Uno de los abogados prometió comunicarle el alegato en cuanto lo concluyeran y tener en consideración, si era compatible con el interés de la defensa, las observaciones que pudiera hacer. Hooricks insistió en el mismo sentido que Forest.

Durante el trayecto, encontraron a algunos soldados franceses que habían huido de Querétaro en la más terrible miseria. Forest acudió en su ayuda. Participó también en dos colectas

para socorrer a algunos franceses y alemanes al servicio de los liberales que hallaron en Tepeji del Río y en San Miguel.

El 4 de junio, a las once de la noche, llegaron a Querétaro. A la mañana siguiente, Magnus y los abogados, después de conferenciar con los defensores que Maximiliano eligió en Querétaro, se presentaron ante el general Mariano Escobedo, y obtuvieron de él y del fiscal, teniente coronel Manuel Aspíroz, la autorización para visitar al emperador. En la prisión encontraron al monarca muy tranquilo y resignado, pero sufriendo de una grave disenteria complicada con una enfermedad del hígado; no obstante, él se mostró sumamente conmovido y enternecido al ver que habían acudido a su llamado.

Cuando supo que Dano, al no poder ir a su lado, había enviado a su representante con instrucciones de hacer todo lo humanamente posible para serle útil, manifestó una viva gratitud y encargó a Magnus expresara al ministro francés sus sentimientos. Le pidió también que dijera a Forest que deseaba mucho su visita. Lo mismo recomendó a Hooricks y a Curtopassi, encargado de negocios de Italia, a quienes expresó que no confundía al ministro con Francia.

Por el momento los abogados de Maximiliano juzgaron peligrosa toda gestión de parte de Forest que tuviera por objeto solicitar el permiso de visitar al emperador. El enviado de Dano se limitó a mandarle decir a Maximiliano que debía, durante algunos días, renunciar al honor de presentarle, en nombre de Dano y en el suyo propio, el homenaje de su simpatía y adhesión, pero que trabajaría sin descanso para allanar todos los obstáculos que le impedían acudir a su lado.

Esta excesiva prudencia se debía a que a la llegada de los diplomáticos extranjeros y los abogados a Querétaro, todos los oficiales de servicio en el convento de las capuchinas donde estaba prisionero el emperador, habían sido cambiados, con excepción de uno solo, alemán tráfuga de la legión austriaca, que sin embargo había sabido inspirar confianza al emperador; se había triplicado la guardia y colocado ante su puerta a tres coroneles que vigilaban pistola en mano, y se le había retirado a su médico particular, doctor Basch. El príncipe Salm Salm,

colocado en una celda vecina a la del emperador, había sido trasladado a otra prisión y se negó la entrada a las capuchinas a la princesa Salm Salm, que hasta entonces venía varias veces al día. El señor Hall, abogado norteamericano que había ofrecido sus servicios al emperador y le había presentado una memoria sobre la inconstitucionalidad del decreto de 25 de enero de 1862, en cuyos términos debía ser juzgado, fue expulsado de la ciudad, así como algunos otros extranjeros con quienes estaba relacionado. Se habló también en el cuartel general de expulsar a los representantes de las potencias europeas que habían llegado la víspera, y sobre todo a sus secretarios. Las autoridades sospechaban que se pretendía una evasión. Desde antes de su llegada se había esparcido el rumor de que disponían de enormes sumas de dinero y que iban a comprar a todo el mundo. En el momento que descendieron de los coches, advirtieron que eran vigilados rigurosamente.

Al día siguiente de su llegada a Querétaro, Forest se entrevistó con Escobedo y le pidió que lo autorizara a visitar a los prisioneros franceses y a prestarles alguna ayuda si la necesitaban. Le informó del motivo principal de su arribo a esa ciudad y le dijo que estaba encargado por Dano no solamente de socorrer a sus compatriotas, sino de tratar, si era posible, de que le fueran entregados.

Escobedo, que recibió a Forest cortésmente aunque con cierta frialdad, le contestó que podía visitar a sus compatriotas con toda libertad y acudir en su ayuda, que enviaría con él a uno de sus edecanes para que llevara la orden de permitirle entrar en la prisión de las Teresitas donde estaban reclusos. Agregó que en cuanto a la entrega de los prisioneros sólo el Supremo Gobierno podía decidirla, pero que pensaba que no podría efectuarse sino después del juicio de los jefes principales.

Forest agradeció a Escobedo la autorización que le otorgaba y pidió, para evitar todo mal entendido, que un oficial estuviera presente en la entrevista y en la distribución de la ayuda que pudiera dar a sus compatriotas.

En la prisión de las Teresitas, Forest mandó reunir en una sala a los cincuenta y tres oficiales franceses, de los cuales nueve

eran capitanes y el resto tenientes o subtenientes. Todos los soldados franceses habían sido enviados al campo republicano de México. Los oficiales se mostraron agradecidos de la seguridad que se les dio de que el gobierno de Napoleón, por intermedio de su representante, el ministro Dano, no los abandonaría. Al verlos casi desnudos por haber sido despojados de sus efectos cuando fueron arrestados, distribuyó en nombre del ministro doscientos sesenta y cinco pesos para la compra de los objetos más necesarios. Les prometió volver a visitarlos y ocuparse de suavizar su suerte, y les hizo saber que su gobierno repatriaría, cuando fueran puestos en libertad, a quienes desearan volver a Francia.

Al enterarse en la prisión de que en el hospital había algunos oficiales franceses enfermos, acudió a visitarlos, otorgó a cada uno tres pesos y gastó dieciocho pesos en la compra de ropa para los que carecían de ella totalmente. A seis soldados que no fueron incorporados con los otros extranjeros en el ejército enviado a México, les dio igualmente una ayuda de tres pesos a cada uno.

Ese mismo día, Forest y Hooricks fueron llamados a las habitaciones del barón de Lago. Al poco rato llegó el oficial alemán que estaba de servicio en el convento de las Capuchinas y expuso ampliamente a Lago un plan de evasión que, aseguró, había sido aprobado por el emperador. El barón lo escuchó hasta el fin y terminó por decirle que hablaría al respecto con el emperador. Al ser informado de esta conversación, Forest y Hooricks se apresuraron a relatar a Lago lo ocurrido un día antes en la prisión de las Capuchinas y no vacilaron en denunciarle a este hombre por lo menos como muy sospechoso. Días después tuvieron la convicción moral de que engañaba al emperador y hacía ante él el papel de espía.

El 7 de junio llegó a Querétaro Curtopassi. Forest y Hooricks se apresuraron a informarle de la situación.

Tres días después de su visita a los oficiales franceses, Forest escuchó, como a las nueve de la mañana, un ruido inusitado en la calle; salió y vio a los oficiales extranjeros, en particular a los franceses, que marchaban entre dos filas de soldados mexicanos.

Una hora antes habían recibido la orden de prepararse a marchar, unos hacia Zacatecas, otros para Guanajuato o San Luis. Como siete oficiales heridos o enfermos no podían hacer el camino a pie, Forest pidió autorización al cuartel general de proporcionarles a su costa medios de transporte. El general le informó que había dado órdenes para que carros y caballos fueran puestos a la disposición de los que no pudieran caminar. Forest repartió entre sus compatriotas, por intermedio del coronel que comandaba la escolta, seis onzas de oro, lo único que pudo reunir en ese momento.

La causa de la expulsión de los oficiales imperialistas de todas nacionalidades —aproximadamente cuatrocientos cincuenta— era el temor de que tomaran parte en el proyecto de evasión del emperador, cuya existencia se sospechaba.

Ese mismo día, 8 de junio, Magnus reunió a los diplomáticos para informarles que Riva Palacio y Martínez de la Torre le habían expresado su deseo de ir con él a San Luis Potosí con el fin de tratar en esa ciudad lo que llamaban la parte política de la defensa. Los abogados creían que la pena de muerte estaba decidida de antemano y que el juicio no sería sino mera fórmula. Pensaban que si podía ser salvada la vida del emperador era por consideraciones de estado que sólo podían hacer valer ante Juárez y su gabinete, por lo cual era importante actuar en esa ciudad y hacer valer todas las influencias de que se pudiera disponer.

Maximiliano no aprobó en principio este viaje a San Luis, de donde no esperaba nada; sin embargo terminó por aceptar las razones que le dieron los abogados y éstos partieron el día 9. Magnus lo hizo al día siguiente.

El emperador dijo a uno de sus abogados que, según informes que tenía, el general Treviño, en San Luis, se mostraba decidido, en caso de condena a muerte, a firmar y a hacer firmar por los oficiales de su cuerpo de ejército, una súplica tendiente a obtener del Gobierno Supremo la conmutación de la pena; que el general Escobedo seguiría seguramente este movimiento y más aún, que él cerraría los ojos si se intentara una

evasión. Agregó que era importante actuar ante el general Díaz a fin de que siguiera e hiciera seguir por sus subordinados el ejemplo de sus colegas.

Se decidió que Curtopassi, que conocía al señor Agustín del Río, hombre influyente del partido republicano, le escribiera a Tacubaya a fin de rogarle apelara al espíritu de moderación y a los sentimientos elevados del general Díaz. En el mismo sentido escribió Forest una carta urgente a Pedro de Garay.

Maximiliano mandó decir a Forest que para conocer de antemano las órdenes transmitidas de San Luis referentes a su proceso y sobre todo las de un carácter estrictamente confidencial que podían revelar las verdaderas disposiciones de Juárez, era preciso ganarse al agente del telégrafo. Forest logró que éste comunicara a un comerciante el sentido, si no el texto, de los telegramas oficiales de San Luis. Todo este arreglo fue inútil debido a la repentina expulsión de que fueron objeto Forest y los diplomáticos extranjeros.

Forest dejó a los abogados el cuidado de decidir cuándo debía presentarse ante el emperador, quien continuaba llamándolo todos los días y parecía extrañarse de la reserva que se le imponía. Forest no dejaba de rogar al defensor tomado por Maximiliano en Querétaro, Jesús María Vázquez, que aprovechara la primera oportunidad que se le presentara para solicitar de Escobedo el permiso de entrevistarse con el emperador. El 12 de junio el licenciado Vázquez le trajo por fin el tan esperado permiso. Forest lo recibió con felicidad porque lo ponía en condiciones de ocuparse personalmente de la parte más importante de las instrucciones de Dano. A las dos de la tarde de ese día el enviado del ministro se presentó en la prisión, dio su nombre al doctor Basch, quien nuevamente estaba al lado de Maximiliano, y, al escucharlo, éste apareció enseguida. Lo primero que llamó la atención de Forest fue la calma y la serenidad del rostro del emperador. Éste le tendió su mano y le expresó lo contento que estaba de verlo, le pidió que en su nombre le diera las gracias a Dano y le dijo que sabía muy bien que éste no lo

abandonaría. Le dio la seguridad de que tenía su confianza por ser un enviado del ministro.

En la celda, situada en el primer piso del convento, había una modesta cama, colocada en el ángulo izquierdo y rodeada por un sarape a manera de biombo; había además una mesa y sillas. La puerta se abría a una galería que daba a un patio interior.

Forest y el emperador pasaron al corredor; Maximiliano comenzó a hablar de un proyecto de evasión en el cual parecía tener fe y su voz se elevaba más y más. Forest le hizo observar que sus palabras podían llegar a oídos enemigos y que por otra parte, conocía ya ese plan; le aseguró que todas sus órdenes serían cumplidas a tiempo, pidió al emperador que le permitiera insistir en la mayor prudencia, ya que una palabra, un signo, podrían hacer que todo se descubriera. Le informó que Dano lo había enviado cerca de él para contribuir a su salvación por todos los medios posibles, que lo había autorizado plenamente a disponer, en caso necesario, de cualquier cantidad y que no le faltaría su abnegación y no retrocedería ante nada para servirlo. Le pidió que tuviera paciencia y le rogó que no comprometiera, por una empresa que no tendría posibilidades de éxito, las esperanzas que tenía en San Luis. Por otra parte, aseguró al emperador que si llegara el momento de osar todo, los encontraría dispuestos a ello.

Maximiliano contestó a Forest que no esperara nada de San Luis, que los norteamericanos deseaban su muerte y que esta era la oportunidad que buscaban para justificar una agresión. Le preguntó si realmente tenía esperanza; él contestó que el peligro era grande pero que no desesperaba. Maximiliano sonrió tristemente y agregó que conocía su suerte y estaba resignado a ella; aseguró que jamás se sentaría en el banquillo de los criminales.

Forest trató de calmarlo diciéndole que sabía de fuente segura que la comisión de médicos nombrada al efecto, había declarado que el estado de su salud era tal que no podía trasladarse al tribunal, que la causa sería diferida o se procedería

sin su presencia. Pidió a Forest que tratara de ver al médico en jefe y le dijera que hiciera todo lo posible para que se tuviera en consideración su certificado. Forest le repitió que no se le obligaría a comparecer. El estado de debilidad del emperador era muy grande, y los pocos pasos que dio para llegar al corredor lo fatigaron enormemente. Quiso volver sobre su proyecto de fuga y Forest le hizo notar a unos individuos que se esforzaban por oírlos, suplicándole que tuviera más cuidado. Maximiliano le aseguró que esas personas estaban en su favor, que tenía amigos en todas partes. Forest contestó a esto que tenía motivos fundados para temer que esos amigos lo habían engañado y traicionado; de no ser así ¿por qué no habían tratado de entenderse con ellos? ¿Por qué huían de su lado? ¿Por qué dejaban toda la responsabilidad a una mujer que nada podía hacer para impedir la ejecución? Pidió a Maximiliano que reflexionara seriamente; sus relaciones con la princesa Salm Salm eran públicas y a la autoridad militar, tan sospechosa con respecto a los otros, no le inspiraba desconfianza. Todo eso, le hizo notar Forest, sería inexplicable si no fuera más que sospechoso. Consideraba que no era necesario rechazarlos, pero tampoco había que entregarse a ellos ciegamente. Prometió al emperador hacer a un lado toda consideración personal y no retroceder sino ante la certidumbre moral de perderlo al querer salvarlo. Si persistía en tener fe en ese proyecto que ahora les parecía imposible, harían lo que se les pidiera, ya que tenían dispuesta la suma necesaria. Pese a que estas palabras hicieron cierta impresión en el emperador, no parecieron convencerlo. La evasión era la única idea que tenía fija en su mente; pidió a Forest que lo acompañara si se decidía a huir, y éste consintió en correr la aventura.

Forest le relató que había visitado a los oficiales franceses prisioneros y les había distribuido una ayuda; el emperador le dio las gracias y le encargó dijera a Dano que estaba conmovido. Comunicó a Maximiliano que de los labios de estos oficiales no salieron ni quejas ni recriminaciones, que por lo contrario, habían hablado con entusiasmo de él y le habían hecho

total justicia cuando le expresaron que mostró siempre un firme valor y una abnegación admirable, puesto que hubiera podido salvarse formando un batallón sagrado de trescientos o cuatrocientos oficiales que lo rodeaban y suplicaban abrir una brecha a través del enemigo; pero que prefirió compartir la suerte de todos los compañeros de armas. Maximiliano contestó a esto que no quiso separar su suerte de la de sus soldados, que estaba feliz de que los franceses estuvieran contentos con él y que él también estaba contento con ellos puesto que cumplieron con su deber hasta el fin. Deseaba que se supiera en Europa que su improvisado ejército le había sido fiel, que no se había encontrado en sus filas más que a un traidor. Aquél a quien había colmado de beneficios y de quien había hecho un amigo íntimo, los vendió a razón de once reales por cabeza. Sin embargo, consideraba que su traición era menos odiosa que la de Márquez, y si tuviera que castigar a uno de ellos, escogería a éste, pues era el responsable de todo, hasta del crimen de López.

A las preguntas que Forest hizo al emperador sobre el trato de que era objeto en prisión, se limitó a responder que era tratado como sus generales y que si su salud fuera buena, eso no importaría. Forest le expuso sus ideas sobre los medios de defensa y Maximiliano le expresó que no haría ni dejaría hacer nada contra su honor y su dignidad. Afirmó que en el fondo de su corazón no había ni hiel ni amargura.

Maximiliano encargó a Forest que dijera a la señora Dano que él no había participado en las extorsiones de que fue víctima su familia; aseguró que el gobierno ficticio de Márquez actuó contra sus órdenes, contra su voluntad, y falsificó su firma. Lo señaló como el gran culpable ante Dios y ante los hombres.

En el curso de la entrevista, el emperador repitió dos o tres veces que quería a los franceses, que sabía lo que valían ya que había sido educado por un francés, pero no pronunció ni una sola vez el nombre de Napoleón ni el de Francia.

En la noche, Forest, Hooricks y Curtopassi se entrevistaron con los abogados Ortega y Vázquez. Éstos no tenían ninguna

esperanza de éxito; la causa, a sus ojos, sólo podían ganarse en San Luis.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Forest, Hooricks y Curtopassi se dirigieron al teatro Iturbide, lugar elegido para juzgar a Maximiliano y a sus generales Miramón y Mejía. La sala, iluminada como para una representación, contenía unas trescientas personas, la mayoría de ellas militares. Poco antes de las nueve, los jueces tomaron asiento; el presidente en medio, el fiscal y tres jueces a su izquierda. Llamó la atención a Forest la excesiva juventud de los miembros de este tribunal llamado a pronunciar una pena capital contra un emperador y dos generales ilustres. Le dio la impresión de un tribunal improvisado en un colegio; el presidente tendría, cuando más, veinticuatro años, y ninguno de los jueces debía pasar de veintitrés.

Los generales Miramón y Mejía entraron rodeados por un pelotón de soldados y seguidos de sus defensores. Los acusados y los abogados tomaron asiento; los soldados, el arma inclinada hacia los acusados, se formaron detrás en semicírculo; su oficial, espada en mano, estaba adelante de pie.

Se comenzó por dar lectura del acta de acusación común al emperador y a los generales Miramón y Mejía, así como del interrogatorio y los documentos promovidos por los abogados o los acusados, sobre todo de una protesta de Maximiliano contra la competencia del tribunal y de una carta a Juárez en la cual le pedía una entrevista. Terminada esta lectura, el licenciado Próspero Vega se levantó y leyó la defensa de su cliente, el general Mejía. Ésta fue sobria en recriminaciones contra la intervención y bastante conveniente respecto a Francia.

La defensa del general Miramón la hicieron los abogados Ignacio de Jáuregui y Ambrosio Moreno y la de Maximiliano Ortega y José María Vázquez.

El día 14, cuando Forest y los diplomáticos se dirigían al teatro Iturbide, fueron invitados por el coronel Dávalos a seguirle. Se les condujo a la casa del comandante de la ciudad. Ahí, el general Julio Cervantes les comunicó la orden de salir de la ciudad en dos horas. Al salir de ahí en busca de transporte,

Forest fue detenido por el coronel Villanueva y conducido ante Escobedo. Éste le dio la orden de salir de la ciudad inmediatamente. Forest volvió a reunirse con sus compañeros; cuando estaban en el coche, provistos de un pasaporte colectivo, el coronel Dávalos les dijo que volver a la ciudad antes de cuatro días les costaría la vida.

En su informe, Forest narra las conversaciones que Magnus, Lago, Hooricks y Curtopassi tuvieron con el emperador.

Con Magnus, Maximiliano se quejó de haber sido abandonado por Francia y el emperador Napoleón, de haber sido engañado siempre, y finalmente traicionado por Bazaine.

Trató con Lago y Hooricks especialmente de sus intereses de familia, discutió las cláusulas de su codicilo y les dio notas para redactarlo. El codicilo no fue firmado debido a que Maximiliano, irresoluto, dejaba siempre para el día siguiente la conclusión de este asunto.

Maximiliano se dejó llevar a veces, con Curtopassi y Hooricks, a salidas bastante exaltadas contra Napoleón y sobre todo contra Francia. Se consideraba abandonado, engañado, traicionado y robado. En una ocasión dijo que en caso de una guerra entre Francia y Prusia, Italia se aliaría a este país y él entraría en el ejército de Víctor Manuel.

Respecto al mariscal Bazaine, el emperador fue muy severo ante los abogados, quienes le hacían notar que los documentos enviados por el padre Fischer no respondían a lo que esperaba; él pretendía que el artículo del decreto del 3 de octubre, en que más principalmente se apoyaban las acusaciones de barbarie y de crueldad elevadas en su contra, le había sido impuesto por Bazaine, quien había ordenado ejecutar sentencias conmutadas por Maximiliano, aún después de haberle prometido lo contrario. Lamentaba la ausencia de la colección de los telegramas del mariscal, los cuales estaban en contradicción con sus comunicaciones oficiales.

Forest pidió a los abogados que fueran muy circunspectos al invocar los recuerdos del emperador, porque las recriminaciones

le parecían inútiles para la causa y podrían provocar denegaciones.

En las primeras visitas que los diplomáticos hicieron al emperador, él les habló del proyecto de fuga exaltando el celo y la abnegación de la princesa Salm Salm, quien, decía, había sabido ganar a su causa a los oficiales superiores. Los diplomáticos hicieron al emperador consideraciones sobre los peligros de un plan combinado a la ligera, sobre las dudas que les inspiraban los amigos de la princesa y la sinceridad del concurso de los oficiales mexicanos que iban a representar el papel principal. Llamaron la atención sobre el hecho de que el general Escobedo debía haber tenido importantes comunicaciones puesto que había tomado medidas extraordinarias de vigilancia y cambiado los oficiales de servicio en la prisión; que la princesa Salm Salm era necesariamente considerada sospechosa puesto que había sido arrestada ya una vez en Tacubaya por haber tratado de ayudar a fugarse a los prisioneros austriacos encerrados en Chapultepec, y sin embargo, a pesar de ser sospechosa de estar en connivencia con el plan de evasión del emperador, había sido autorizada de nuevo a verlo con toda libertad. Agregaron que la fuga de la prisión les parecía imposible, aun cuando, como se decía, Escobedo cerrara los ojos.

La princesa Salm Salm trató de atraer a Forest y a los diplomáticos a su causa; Maximiliano comprometió a Curtopassi y a Hooricks a verla. Ella tenía, decía el emperador, una influencia preponderante sobre varios jefes de cuerpo, especialmente sobre el coronel del regimiento que vigilaba la prisión; por intermedio suyo, ella había interesado en su salvación a un gran número de oficiales. Los diplomáticos, después de reflexionar sobre el partido a tomar, creyeron deber apartarse de la princesa.

Cuando se supo que el día del juicio había sido fijado para el 13, el emperador encargó al barón de Lago que intentara todo con los demás diplomáticos, para comprar a los jueces que iban a juzgarlo. Maximiliano había obtenido la lista de ellos cuando sus nombres eran todavía un secreto para todo el mun-

do. Los diplomáticos estuvieron de acuerdo en que no era posible ganar a los jueces, que no eran más que un instrumento destinado a pronunciar públicamente una sentencia expresada de antemano por el gobierno.

El día 13 en la tarde, cuando Forest se encontraba en el teatro Iturbide escuchando la defensa de Miramón, el barón de Lago vino a buscarlo. Forest salió y juntos fueron a la plaza de la ciudad donde Lago le pidió su palabra de honor y le hizo jurar que no revelaría a nadie lo que iba a confiarle. Aceptado esto, Lago le comunicó que la fuga del emperador estaba arreglada para esa noche. A las diez sería conducido en capilla; el regimiento del coronel Miguel Palacios lo vigilaría y el coronel Villanueva estaría encargado del servicio nocturno. Ambos habían consentido en salvarlo mediante cien mil pesos cada uno. Lago tenía en su poder letras firmadas por el emperador, pero los coroneles habían exigido que fueran firmadas también por Forest y Curtopassi. Pidieron igualmente que llevaran a casa de la princesa Salm Salm ocho mil pesos en oro para repartirlos entre los soldados. Maximiliano había elegido a Forest para acompañarlo, la cita era en la capilla; en una casa vecina esperarían seis caballos ensillados; la princesa Salm Salm también estaría allí.

Forest respondió a Lago que los ocho mil pesos estaban a su disposición, que la parte de ayuda solicitada a los diplomáticos sería cumplida, pero el proyecto de evasión era imposible e insensato. Le pidió que sin pérdida de tiempo volviera al lado del emperador a fin de informarle que el motivo alegado para precipitar la fuga era falso, ya que la sentencia no podía darse antes del día siguiente en la tarde. Le hizo ver que, persuadidos como estaban de que la princesa era juguete de traidores, sería descubrir todo el conducir el oro a su casa; que si los coroneles eran leales, debían venir a exponerles su proyecto y discutirlo con ellos, que estaban dispuestos a todo con tal de poner a salvo la vida del emperador. Exigió Forest a Lago que pidiera a Maximiliano que lo autorizara a hablar sobre este plan a Hooricks y Curtopassi y mientras tanto lo desligara de su juramento a fin

de poder ponerse de acuerdo con ellos, ya que las dos terceras partes del oro les pertenecían. Hizo notar a Lago que era imposible que Curtopassi pusiera su firma en una letra de cien mil pesos sin saber para qué estaba destinada. Lago consintió en ello.

Forest fue a ver a Hooricks y a Curtopassi y les relató lo que acababa de saber. Ambos pensaron que el emperador había caído en una trampa que le tendían los supuestos amigos de la princesa y que el plan propuesto era absurdo e irrealizable.

Descubierta la tentativa de fuga del emperador, el general Escobedo dio la orden de que los diplomáticos salieran de Querétaro. Éstos partieron con el pensamiento en el emperador, quien quedaba solo, abandonado de todos y sin esperanzas de evitar la muerte próxima. Su partida lo privaba del consuelo de poder enviar a su familia sus últimas palabras y sus supremos adioses.

El viaje de regreso no tuvo ningún incidente; llegaron a Tacubaya el 16 en la noche. Al día siguiente Forest visitó a Porfirio Díaz, quien se mostró muy cortés, pero más reservado que en la primera ocasión que se entrevistaron. Se dirigió enseguida a la casa de la señora Baz, donde supo que el emperador había sido condenado a muerte. La noticia produjo alegría en los jefes militares republicanos. Los oficiales pedían la cabeza de Maximiliano y la de todos los adictos al Imperio. Mostraban un odio implacable contra los extranjeros y particularmente contra los franceses. Disgustados por la nota de Campbell —representante de los Estados Unidos ante el gobierno de Juárez— hablaban hasta de desafiar a la nación del norte por haber tenido la audacia de pedir el indulto del emperador.

En las calles se oía a los oficiales proferir los más innobles insultos contra Europa, sus soberanos y, en general, contra todos los extranjeros.

Al día siguiente, en la noche, el barón de Lago recibió una carta de Maximiliano en la que después de darle instrucciones relativas a su codicilo, le encargaba expresara su agradecimiento a los miembros del Cuerpo Diplomático que acudieron a Querétaro.

El día 19 supo Forest que Maximiliano había muerto “con valor y serenidad”. El barón de Lago telegrafió al día siguiente al ministro de Relaciones Exteriores de Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, para pedirle el cuerpo del emperador. Se le respondió que el gobierno no podía consentir, por graves razones de estado, en entregar el cadáver de Maximiliano.

Cuando se firmó la capitulación de México, el 21 de junio, Forest partió a pie, de Tacubaya, a rendir cuenta a Alfonso Dano, verbalmente, de los sucesos de que fue testigo.